

La mujer y su lucha por la validación existencial en el cuento

“Las islas nuevas” de María Luisa Bombal

Agnes Ruiz

Florida International University

En el universo fantástico de María Luisa Bombal, los personajes femeninos libran una callada batalla por la supervivencia, al tiempo que se presentan irremediabilmente atados a sus homólogos masculinos. Éstos parecen habitar un mundo paralelo que les imposibilita toda comunicación efectiva. Atrapada en la escondida estancia de su mundo interior, la mujer examina sus sensaciones, analiza sus sentimientos y utiliza sus sentidos para validar su existencia.

La obra de Bombal no es extensa; consta de un par de novelas y algunos cuentos. Sin embargo, como advierte Hernán Poblete Vargas, “María Luisa Bombal trajo a la literatura de nuestra habla. . . una realidad hasta entonces ajena a las visiones literarias y a las preocupaciones psicológicas. . .” (120). De hecho, “el abandono, la ruina de los afectos y el amor esquivo son motivos centrales en la narrativa de la autora (Costamagna 1). La propia Bombal se preguntaba, “¿Por qué la naturaleza de la mujer ha de ser tal que tenga que ser siempre un hombre el eje de su vida?” (1). A través de la protagonista de “Las islas nuevas” examinaremos la lucha de la mujer por validar su existencia, según se nos revela mediante su relación con tres hombres: su hermano Federico, Silvestre -su novio de juventud-, y Juan Manuel, joven viudo y abogado de la ciudad, que cae rendido ante el enigma que es Yolanda.

El cuento presenta una estructura extraña, al comienzo parece ofrecer sólo la visión de mundo de su protagonista, pero luego da un vuelco y nos pinta una visión masculina que se desprende de su interacción con el ente femenino, cual si fuera un juego de espejos en el que uno

depende de lo otro. Como bien señala Waldemar Verdugo Fuentes en su artículo “María Luisa Bombal: La abeja de fuego”, “el argumento es aparentemente caótico, está escrito con jirones erráticos, sin embargo, una estricta lógica sentimental atraviesa cada frase. La coherencia emocional es aquí la misma común a la Bombal: la unidad del corazón de la mujer frente al corazón disperso viril” (3).

“Las islas nuevas” se publica en 1939, en el libro *La última niebla*, que también incluye “El árbol” y “Lo secreto”. Esta historia nos relata un episodio de la vida en la estancia La Atalaya, en la pampa argentina.¹ Yolanda, una mujer envuelta en un velo de misterio y características sobrenaturales, experimenta “sueños horribles”, mientras, en el campo, los cazadores salen al alba en busca del surgimiento de islas nuevas en las lagunas. Cazan retornan y vuelven a salir al amanecer.

Años atrás Yolanda estuvo comprometida con Silvestre, uno de los cazadores, pero días antes de la boda lo abandona sin explicación alguna. Ahora fija su atención en otro hombre, Juan Manuel, quien decide pasar unos días de esparcimiento en contacto con la naturaleza. Éste le demuestra interés, pero ella se le escapa, escurridiza e inexplicablemente. Un día, desesperado por acercarse a Yolanda, Juan Manuel regresa del campo, de manera sigilosa se acerca a la ventana de esta extraña mujer y resulta víctima de lo que éste denomina “una alucinación”. Luego de esta visión sobrenatural, el hombre sale huyendo en su auto a altas horas de la noche hasta llegar a su casa en Buenos Aires. Allí se debate entre llamar a la estancia, hablar con Yolanda y despejar su confusión, u olvidarse de sus sentimientos hacia ella y continuar su vida como si nunca la hubiera conocido.

Desde el comienzo del cuento, la autora nos va adentrando en un mundo extraño donde la protagonista parece vivir en un constante estado de tormento interior. Afuera, la naturaleza se

antoja violenta y caprichosa, el viento sopla con furia y amenaza con invadir cada resquicio de la casa. Yolanda es una mujer que padece de constantes pesadillas, sueños extremadamente perturbadores que parecen raptarla y transportarla a otra dimensión de tiempo y espacio. Es durante uno de estos episodios que se presenta el primer ejemplo de su lucha, interna –y un tanto pasivo-agresiva-- por la validación de su existencia. Su hermano Federico, que encarna las características del poder patriarcal, entra en su habitación para avisarle que tendrán visita, gente que viene a presenciar el surgimiento de los islotes: “Parece que hay otra isla nueva. Ya van cuatro. De ‘La Figura’ han venido a verlas. Tendremos gente” (Bombal 77). De paso le pregunta si volvió a tener pesadillas, pues la encuentra recostada sobre su hombro izquierdo y gimiendo: “¿Por qué duermes siempre sobre el lado del corazón? Es malo”, y ella responde, “Ya lo sé” (77). En lo que podría catalogarse como una solapada agresión masculina, su hermano le advierte de los efectos negativos de esta práctica, pero ella se limita a contestar que ya lo sabe y se queda recostada sobre ese lado, como queriendo dejar claro que aunque le haga daño, está en todo su derecho de hacerlo. Cautelosamente, Yolanda se rebela contra la autoridad del varón. De su respuesta se desprende el hecho de que tiene una voluntad que la empuja a actuar de esa manera, validando así el derecho de tomar control sobre su vida y sobre su cuerpo.

Pero, ¿por qué si sabe que dormir sobre el lado del corazón “es malo” continúa haciéndolo? ¿Tendrá algún motivo secreto que no comparte con nadie? Éste también sería un acto de lucha por su libre expresión o, en todo caso, por su derecho a callar. Como advierte Vianey Cano Brito en su estudio “María Luisa Bombal: La soledad como espacio liberador de la mujer”,

Yolanda es un enigma para los hombres. Ni siquiera su propio hermano la conoce.

A pesar de que él es la persona con la que ella parece tener una relación más

estrecha, no le ha confiado el secreto. . . . Si Yolanda le confiara su secreto, entonces él descubriría su identidad. Por lo tanto, callar es la forma en la que Yolanda es libre de ser ella misma. (3)

Al partir su hermano, ésta expresa para sí la sensación de perplejidad que le provoca el ente masculino: “¡Qué absurdos los hombres! Siempre en movimiento. . . listos para huir siempre hacia cosas fútiles. . . temerosos del silencio como de un enemigo que al menor descuido pudiera echarse sobre ellos. . . ” (Bombal 77-78). Los hombres irán en busca de una “nueva isla” — símbolo de individualidad, de todo aquello que no se encuentra atado a nada—para penetrar en ella, conquistarla y dominarla. Es obvio que Yolanda se siente aislada de esos seres tan distintos. No se encuentra a gusto en ese mundo dominado por figuras masculinas, que a su vez sienten desconcierto y confusión ante una mujer como ella.

Los sueños de Yolanda no son plácidos, son horribles, su conciencia no descansa, cuando se sumerge en el mundo del subconsciente, donde nos encontramos con el yo interno, lo que encuentra es desasosiego. Siempre duerme sobre el lado izquierdo, el lado del corazón, donde reside el sentimiento femenino.

En su callada lucha por validarse y proteger la integridad de su ser, Yolanda rompe su relación con Silvestre, un viejo cazador que treinta años atrás estuvo a punto de casarse con ella. Durante los días en que los hombres van en busca de las islas nuevas, el destino decide colocar a Silvestre como compañero de cuarto del joven, Juan Manuel. La primera noche que se sientan a conversar, Silvestre, aún afectado por lo sucedido, le muestra a Juan Manuel la carta de despedida que recibiera de Yolanda dos semanas antes del matrimonio y le pide, “Léela y dime si comprendes”,

. . . Silvestre: No puedo casarme con usted. Lo he pensado mucho, créame. No es

posible, no es posible. Y sin embargo, le quiero, Silvestre, le quiero y sufro. Pero no puedo. Olvídeme. En balde me pregunto qué podría salvarme. Un hijo tal vez, un hijo que pesara dulcemente dentro de mí siempre; ¡pero siempre! ¡No verlo jamás crecido, despegado de mí! ¡Yo apoyada siempre en esa pequeña vida, retenida siempre por esa presencia! Lloro, Silvestre, lloro; y no puedo explicarle nada más. Yolanda. (81)

Nunca ofrece explicación alguna por su extraño comportamiento. Ama a Silvestre, pero algo le impide unirse a él. Piensa que si tuviera un hijo tal vez podría sobrellevar su vida. Pero interesantemente, Yolanda desea un hijo que nunca vea la luz del mundo, que se quede siempre en sus entrañas, supliéndole esa fuerza y energía vital de que carece. Busca un asidero, algo a qué poder agarrarse y convertirlo en su fuente de poder e identidad. Cabe señalar aquí la explicación que Simone De Beauvoir ofrece en su libro, *El segundo sexo*, a propósito del desarrollo del alter ego masculino y del femenino,²

Es seguro que la ausencia de pene representará en el destino de la niña un papel importante, aunque no desee seriamente su posesión. El gran privilegio que el muchacho extrae de su pene consiste en que, dotado de un órgano que se deja ver y coger, puede al menos alienarse [sic] parcialmente en él. Proyecta fuera de sí el misterio de su cuerpo, de sus amenazas, lo cual le permite mantenerlos a distancia. . . la niña, en cambio, no puede encarnarse en ninguna parte de ella misma. En compensación, le ponen entre las manos, con el fin de que se desempeñe junto a ella el papel de alter ego, un objeto extraño: una muñeca. (218)

Yolanda parece oponerse al matrimonio y a la maternidad si su único propósito es que la mujer se resigne y renuncie a toda expresión propia. Desempeñar los papeles tradicionales de

esposa y madre suscribiéndose a las reglas del juego de la sociedad patriarcal, no saciará su necesidad de validación. Aunque desea amar y ser amada, no está dispuesta a someterse, por lo que recurre al método del silencio. Negando toda explicación, logra validar sus derechos de expresión. En su interacción con Juan Manuel, Yolanda se encuentra escindida entre su necesidad de ser amada y su necesidad de proteger su integridad existencial. Éste llega de improviso, cuando ella ya se había acostumbrado al silencio y a la soledad. Juan Manuel cae rendido ante los encantos inexplicables de Yolanda, y la sigue, tratando de descifrar el misterio de su presencia. Juan Manuel, como un marinero hipnotizado por el canto de una sirena, va tras la música de Yolanda,

Do, re, mi, fa. . . Do, re, mi, fa. . . —insiste el piano. Y aquella nota repetida y repetida bate contra el corazón de Juan Manuel y lo golpea ahí donde lo había golpeado y herido por la mañana el ala del pájaro salvaje. Sin saber por qué se levanta y echa a andar hacia esa nota que a lo lejos repiquetea sin cesar, como una llamada. (Bombal 86)

En ocasiones le parece estar frente a un ser peligrosamente atractivo, como aquella noche en que fueron presentados “. . . tiende al desconocido una mano que retira en seguida. Luego se levanta, crece, se desenrosca como una preciosa culebra” (79). O cuando la vio sentada frente a la chimenea con “. . . los brazos cruzados detrás de la nuca, y es larga y afilada como una espada” (87). Y a veces tiene la sensación de estar cerca de un ser etéreo y angelical, como aquella vez en que, al pasar, le rozó el pecho “con su manta de tul, como con un ala” (88).

Un día, Juan Manuel, atormentado por el deseo de ver a Yolanda, regresa a la casa al atardecer, y furtivamente la observa a través de la ventana,

. . . [D]esnuda y de pie en el baño, absorta en la contemplación de su hombro

derecho. En su hombro derecho crece y se descuelga un poco hacia la espalda algo liviano y blando. Un ala. O más bien un comienzo de ala. O mejor dicho un muñón de ala. Un pequeño miembro atrofiado que ahora ella palpa cuidadosamente, como con recelo. (97-98).

Al ver esto, Juan Manuel cree estar alucinando. Se lo achaca a la caminata, a la neblina al cansancio de andar por los campos, y sale huyendo en su auto hasta Buenos Aires. Aquí nos topamos con una imagen muy elocuente en sus trazos. Yolanda, la mujer extraña y misteriosa, la escurridiza, al fin revela su secreto. Pero esta revelación se da casi como resultado de una violación. Juan Manuel invade su espacio, sin su consentimiento observa lo que no le estaba permitido observar, y mediante este acto descubre un cuerpo de mujer que no responde del todo a sus ideas preconcebidas. Aunque Yolanda no parece darse cuenta de esta intromisión, no deja de ser ésta una afrenta contra su intimidad, contra el derecho de la mujer a la contemplación y exploración de su físico.

La mujer siempre ha sido vista como un ente de naturaleza binaria. De su vientre emerge la vida y al final se devuelve al vientre de la tierra, por lo que las culturas pre-patriarcales de Oriente Medio y Europa veneraban a la Diosa Madre. Pero también –a causa de su poder creador o tal vez a pesar de éste— a la mujer se le ha considerado chivo expiatorio en la historia de la humanidad. Al convertirla en algo maligno o monstruoso se le negó una participación equitativa en cada aspecto de la vida y se le subordinó y se le convirtió en una mera posesión del hombre. Desde que se le achacó el “pecado original” y se le relegó a un segundo plano, las alusiones a la mujer como serpiente, monstruo acuático, dragón, etc. proliferaron. De hecho, Yolanda nos recuerda el mito medieval de Melusina³, mitad mujer alada que se convierte en serpiente o en pez los sábados como un hechizo impuesto. Es significativo el hecho de que las medusas, las sirenas,

las Amazonas, todos esos seres sobrenaturales que habitan la narrativa de Bombal tengan su origen en la imaginación masculina, y son estos personajes masculinos los que se ven perplejos y desconcertados ante la naturaleza elusiva y enigmática de sus homólogos femeninos. Jane Arthurs y Jene Grimshaw, en su libro *Women's Bodies*, ofrecen una reflexión que muy bien podría aplicarse al proceso de validación propia de Yolanda: "Perhaps I need to look at myself to identify myself? Could it be perhaps that it is in relationship to this surface, this exteriorized version, that a kind of integration of self happens?" (129). No debe perderse de vista el hecho de que Yolanda posee "un miembro atrofiado", es decir, algo en ciernes, algo que se quedó a mitad de camino. Convendría referirnos nuevamente a De Beauvoir en su descripción de la experiencia femenina. Desde muy temprana edad, las mujeres se ven desprovistas de validación del mundo exterior: "La suerte de la niña es muy diferente. Madres y nodrizas no tienen para sus partes genitales reverencia ni ternura; no llaman su atención sobre ese órgano secreto del que solamente se ve la envoltura y no se deja empuñar, en cierto modo, no tiene sexo (212).

Interesantemente, Bombal escoge un muñón de ala para describir ese miembro sin desarrollar. La mujer, a través de los siglos se ha visto condenada a soportar las prohibiciones y restricciones impuestas por la sociedad patriarcal, y se ha visto descrita, como un ente divino y diabólico a la vez. Esa imagen de ángel en ciernes da al traste con las expectativas de Juan Manuel. ¿Qué extraño monstruo se esconde dentro de esta hermosa mujer? ¿Es un ser puro e intocable o defectuoso y malévolos? De acuerdo con Ágata Gligo,

El ala, tantas veces exaltada como símbolo del espíritu y de la libertad, provoca la infelicidad del personaje. No es la posibilidad o no posibilidad de volar lo que causa la desgracia... el estigma de Yolanda es ser y sentirse diferente, diferente a la mujer que desea el príncipe de la tierra, el hombre de este mundo. (91)

De ahí que Juan Manuel no sea capaz de entender este enigma, no es capaz de validar a esta mujer, dándole el espacio y la oportunidad de ser quien es. Por tal razón decide escapar, porque en su mundo machista y tradicional no cabe la posibilidad de aceptar a una mujer como Yolanda. Quedarse hubiera sido impensable, llamarla, una locura, regresar, un imposible "... no se siente capaz de retomar los intrincados corredores de la naturaleza hasta aquel origen. Teme confundir las pistas, perder las huellas, caer en algún pozo oscuro y sin salida para su entendimiento" (Bombal 103). Como señala Teodoros Kiros en su libro, *Self-Construction and the Formation of Human Values*,

Exactly like racism, sexuality is a judgment of a person's identity. It connotes a meaning and it represents a style of existence. It determines a person's worth. In this sense, some women as sexed subjects are different from men. They are fundamentally conceived of as bodies meant for another's pleasure, another's control, another's object of discipline. The state conspires with the males who are in power to define women as sexed subjects. Women are both defined and controlled by masculinist expectation. (155)

Ante la extraña realidad que se había revelado ante él, un hombre como Juan Manuel, criado para ejercer su poder y cumplir con su papel social, no puede más que huir y olvidar. Y aunque al parecer Yolanda queda sola y abandonada, si miramos un poco más a fondo, descubriremos que, callada y secretamente logra una cierta validación, pues Juan Manuel reconoce algo inefable que moldea y describe a este ser tan singular.

Como hemos visto, a pesar de vivir en un mundo limitado, interior y callado, la protagonista logra establecer el hecho de que ella es un ente individual que piensa y toma decisiones, aunque estas decisiones, al parecer no la liberen del todo del mundo asfixiante que le

ha tocado vivir. Yolanda, que en su forma física habita un cuerpo de mujer, no es susceptible al paso de los años, su cuerpo no sufre los estragos del tiempo, pero sí sufre una deformación, o más bien, una característica incomprensible. Al igual que esas islas que parecen surgir de la nada para luego desaparecer misteriosamente, esta singular mujer es un misterio indescifrable para el hombre que sólo sabe cazar y conquistar terrenos vírgenes. En determinado momento Yolanda piensa en ser partícipe del proceso de creación, crear...crear un hijo...y egoístamente mantenerlo dentro de sí, poseerlo, no soltarlo al mundo, pero rápidamente se da cuenta de que estaría reproduciendo el patrón masculino. Prefiere no caer en el egoísmo de atar otro ser al suyo propio, aunque esto implique renunciar al amor y a la vida que el mundo espera de ella, e interesadamente, en esa negación, encuentra su validación existencial.

Notas

¹ En una entrevista con la periodista Lucía Guerra, María Luisa Bombal señala, a propósito de este cuento: “Mira, la verdad es que ‘*Islas nuevas*’ es un cuento que surgió de manera misteriosa. Cuando yo vivía en la Argentina, yo siempre visitaba la estancia. La Atalaya, se llamaba, allá en la pampa, y ahí era testigo de un hecho maravilloso. En la estancia había muchas lagunas y misteriosamente el agua bajaba y aparecían todas estas islas nuevas que después también desaparecían misteriosamente. Era sobrecogedor, y este hecho sobrecogedor, maravilloso, me inspiró para imaginarme a una mujer que era tan misteriosa como la naturaleza que los hombres no comprenden ni quieren comprender”.

² De Beauvoir señala que Abraham fue el primero en presentar la idea de que la niña consideraba su sexo como una herida resultante de una mutilación.

³ Según Cardona Gamio, La leyenda de Melusina comienza antes de su nacimiento, cuando su madre, Presina se casa con Elinas, rey de Escocia. Presina le hace prometer que nunca la iría a ver mientras dormía, pero Elinas no cumplió su promesa y Presina tuvo que refugiarse con sus tres hijas Melusina, Mélior y Palestina en la isla perdida de Ávalon. Cuando las niñas crecieron usaron sus poderes de hadas para encerrar a su padre en la montaña mágica de Northumberland. Presina las reprende y castiga a Melusina por ser la mayor. La condena a convertirse en serpiente todos los sábados de la cintura para abajo. Si Melusina encontraba un hombre para desposarse, éste nunca debía descubrir su secreto, si él lo desconocía Melusina podría vivir el resto de la semana como una mujer normal pero si lo hacía, estaría condenada a sufrir ese tormento hasta el día del juicio final. Raymondín, prendado tanto de su belleza como de su sabiduría, la pide en matrimonio, imponiéndole ella sólo la condición de que los sábados le permita retirarse a sus aposentos sin ser vista en todo un día y una noche, a lo que su enamorado

se aviene sin discutir. Vivieron felices muchos años, hasta que un día, el conde de Forez, hermano de Raymondín, vertió insidioso en su oído comprometedoras dudas acerca de la desaparición de su esposa Melusina, ya que no compartía con ellos la mesa. Entonces, Raymondin, subió a las estancias del hada y espiándola por el agujero de la cerradura pudo descubrir el secreto tan celosamente guardado; Melusina se bañaba en una gran cuba de mármol, metamorfoseada como sirena: mujer hasta el ombligo peinándose los cabellos y del ombligo para abajo con una gran cola de serpiente como la de un gran arenque y la movía con tanto brío que salpicaba hasta el otro extremo de la estancia. Melusina, herida en lo más profundo por la traición, huyó volando para no volver más que de noche a visitar a sus hijos, pero nunca a Raymondín, quien la perdió para siempre, acabando sus días como ermitaño en la montaña de Montserrat. Zoila Clark señala que el mito de Melusina está presente en este cuento y en otras obras de escritoras latinoamericanas por ser un modelo de la mujer nueva que se rebela al orden patriarcal (29).

Obras citadas

- Arthurs, Jane y Grimshaw, Jean. *Women's Bodies: Discipline and Transgression*.
Londres: Casell, 1999.
- Baring-Gould, Sabine. *Curious Myths of the Middle Ages: The Sangreal, Pope Joan, The Wandering Jew, and Others*. Ithaca: Cornell University Library, 2009.
- Bombal, María Luisa. *La última niebla/El árbol*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1999.
- Cano Brito, Vianey. "María Luisa Bombal: La soledad como espacio liberador de la mujer". *Sentido Común*. 2002. 22 de marzo de 2009.
- Cerda Martín y Guerra-Cunningham, Lucía. *María Luisa Bombal, Obras Completas*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1996.
- Costamagna, Alejandra. *Letras Libres*, Mayo 2002 Proyecto Patrimonio— Año 2005.
- Clark, Zoila. *La sexualidad femenina: reconceptualización surrealista y postmoderna por Cristina Escofet e Isabel Allende*. UP of America, 2010. [In press].
- De Beauvoir, Simone. *El Segundo sexo*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1999.
- Estrella Cardona Gamio. *La leyenda del hada Melusina*. C. Cardona Gamio Ediciones. Barcelona: 1999.
- Gligo, Agata. *María Luisa*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1985.
- Kiros, Teodoros. *Self-Construction and the Formation of Human Values: Truth, Language, and Desire*. Westport: Greenwood Press, 1998.
- Pobrete Vargas, Hernán. "La abeja de fuego". En: *La última niebla/El árbol*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1999.
- Verdugo Fuentes, Waldemar. "La abeja de fuego". *Vogue-México*. 1998. 3 de abril de 2006.